

sencia real, en el sacrificio Eucarístico y en la confesión. Todo atestigua ahí que las Catacumbas han conocido el Papado, el Episcopado y el sacerdocio.

Me sucedió un día haber llevado yo mismo á las Catacumbas á un joven protestante, procedente de Strasburgo, donde estudiaba para ministro de su secta. Estaba asombrado de lo que veía, y como era leal é inteligente, no pudiendo negar la evidencia de aquellas pruebas, no sabía qué decir. No le volví á ver más. ¡Quiera Dios que la gran voz de las Catacumbas, haya sido bastante poderosa sobre él, para hacerle volver á la unidad católica! (*)

XX.

¿Por qué la Iglesia católica habla latin?

Porque es apostólica, porque es invariable su doctrina, y porque es una y católica.

1º La Iglesia es apostólica: es la Iglesia de San Pedro y de los apóstoles, por lo cual conserva como reliquias preciosas todos los recuerdos de los apóstoles. Cuando éstos se esparcieron en el mundo, para cumplir la voluntad de Dios, anunciando á los pueblos el Evangelio, encontraron que el Universo hablaba dos lenguas: en el Occidente el idioma latino; en el Oriente la lengua griega. Predicando, pues, simultáneamente en latin y en griego, sus escritos y constituciones fueron compuestas en estas dos her-

(*) El traductor español de este opúsculo, es testigo personal de la verdad con que asegura el autor, que las Catacumbas de Roma, abundan en pruebas evidentes de que los cristianos primitivos, creían los mismos dogmas que creemos en el día los católicos; pues ha tenido la dicha de visitar la de San Calixto, situada en la Vía Apia, acompañado del sabio padre Tomgiorgi, de la Compañía de Jesús, individuo de la comisión arqueológica que cuida de estos monumentos de la antigüedad cristiana. Además puede también dar fe del interés con que visitan las Catacumbas los protestantes, habiendo bajado á la de Santa Inés, que está en la Vía Nomentana, el 21 de Enero de 1862 con varios caballeros y señores ingleses. El bellissimo libro FABIOLA, ha contribuido mucho á aumentar esta curiosidad de los ingleses por las Catacumbas.

mosas lenguas; y la Iglesia ha conservado, con religiosa veneración, aquellos respetables monumentos. He aquí por qué la lengua eclesiástica es, en el Occidente la latina; y la griega en el Oriente. De modo, que eso de que se acusa á la Iglesia, justamente es una prueba á su favor.

2º Por otra parte andaba en esto el dedo de la Providencia. El latin y el griego, convirtiéndose en lenguas muertas y por lo mismo invariables, vinieron á ser por eso mismo, las más aptas para formular las doctrinas de una Iglesia que no conocé ni admite variación en sus dogmas, porque es divina. Se ha hecho un cálculo sobre las variaciones que sufren las lenguas vivas, del cual resulta que si la Iglesia en vez de atenerse al latin de San Pedro, de San Pablo, de San Márcos, etc., hubiera adoptado el francés, ella habría tenido que modificar, más de doscientas y sesenta veces, la forma del Sacramento del bautismo. Sin esa modificación aquella forma no habría expresado, en el lenguaje corriente, la idea que encierra. Dedúzcase de aquí cuantas trasformaciones hubiera tenido que sufrir el Credo, así como los decretos de fe de los Concilios primitivos y de los primeros Papas.

3º La Iglesia habla latin, no solamente porque ella es invariable, sino también porque es católica, es decir universal, en cuyo concepto tiene que entenderse con todos los pueblos y naciones. En los tres ó cuatro primeros siglos el latin era la lengua del mundo civilizado; y aunque entonces era lengua vulgar tenía ese carácter católico, esto es universal, carácter indispensable al idioma de la Iglesia. Pero cuando el mundo se fraccionó, la Iglesia conservó y debía conservar, con su hermosa lengua primitiva, la unidad en la forma, así como en el fondo de su enseñanza y de su liturgia.

Resulta, pues, que la Iglesia habla latin porque es apostólica, porque es invariable y porque es católica.

Dícese que San Pablo ordena que se haga uso en las reuniones cristianas de una lengua sabida por todos, con el objeto de que todos la comprendan. En efecto, así lo dice el Apóstol, en una de sus Epístolas, á los Corintios; pero

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

41391

este argumento que los protestantes derivan de sus palabras, no hace en manera alguna relación al punto de que se trata. San Pablo prescribe el uso de la lengua vulgar para las predicaciones, exhortaciones é instrucciones, destinadas á edificar á los fieles congregados en la casa del Señor. El verbo *prophetare* de que hace uso el Apóstol, significa predicar, hablar de las cosas divinas. La Iglesia católica siempre ha practicado al pié de la letra esta prescripción apostólica, pues sus Obispos, sacerdotes, misioneros, y catequistas se sirven siempre para predicar y catequizar, del idioma conocido por todos y para todos inteligible, llegando hasta aprender los dialectos particulares de las provincias, ó las lenguas de los salvajes más oscuros, para hacer llegar á ellos la palabra divina, de modo que la comprendan todas las gentes.

En cuanto á las sectas protestantes ellas tienen razón para hablar una lengua vulgar y moderna. Los idiomas divididos entre sí, esencialmente variables, siempre mudables y enteramente modernos, se adaptan perfectamente á estas doctrinas que tanto se les parecen en ser inventadas ayer, mudar á cada paso, tener la variación en la esencia de su ser y hallarse indefinidamente divididas en fracciones innumerables.

XXI.

De la sencillez del culto protestante.

La sencillez en sí y estando en su lugar, es una cosa buena, más no lo es si queremos ponerla donde ni debe ni puede estar. Además, el culto protestante no es sencillo, sino vacío y desnudo.

Frecuentemente el templo protestante es una antigua Iglesia, arrebatada al verdadero culto de Dios; y es cosa que llena el corazón de amargura, ver lo que ha hecho allí la fría y mezquina herejía de Calvino. Cuando cae un rey, su palacio se convierte en casa y su trono en silla; y así los protestantes cuando han logrado usurpar las Iglesias cató-

licas, donde habita el Rey de los reyes, las han despojado y vulgarizado. Han destruido el altar en que se ofrecía el divino sacrificio, quitado las imágenes de la Virgen y de los Santos Patronos del edificio, quemados los confesionarios donde los pecadores recobraban la gracia perdida y la paz de sus conciencias; y no han dejado más que cuatro paredes, escaños para sentarse, una cátedra y una mesa, como si esto bastase para hacer los honores debidos al Criador del cielo y tierra.

“Entre los católicos dice un escritor protestante (Clausen,) las más admirables producciones de las artes se consagran al embellecimiento de las Iglesias; mientras que los protestantes se aprisionan en un templo privado de toda clase de adorno, lo cual no les impide prodigar los tesoros del arte en sus habitaciones privadas. (*) La música de Iglesia se considera por los católicos como parte esencial de las solemnidades religiosas; pero en los países protestantes la música se emplea en todas partes, menos en las Iglesias.

Los protestantes en efecto, tienen el gusto de lo cómodo (*comfortable*;) y por eso procuran para sus casas lo suntuoso y agradable, pero en cuanto á la casa de Dios ya es otra cosa. En tratándose de esto, ellos dicen que se necesita una gran sencillez en el templo y en la religión. Sin

[*] El principio protestante cuyo lógico desarrollo, como lo ha demostrado el autor en el número XVI de esta primera parte, conduce á los sectarios á decir: “El objeto de nuestra adoración somos nosotros mismos,” desde luego descubre su índole en esta circunstancia: niega á la casa de Dios los adornos, y los emplea en las casas particulares: porque el hombre, en último análisis, es el Dios á quien se dirige el principio protestante. Pero aun hay otra cosa más particular y característica del protestantismo. En un templo católico que haya usurpado el protestantismo, éste destruye el altar del Dios verdadero y las imágenes de los Santos, pero los remplace con las estatuas de los que califica de héroes; y así la llena con monumentos erigidos á la gloria, no de Dios sino de los hombres. Véase la Abadía de Westminster en Inglaterra. Cuando la falsa reforma erige una catedral, como la de San Pablo de Londres, no hay en ella altares ni imágenes de Santos; pero sí estatuas ó pinturas de hombres comunes. En todo esto es el protestantismo consecuente á su principio y tiende á su última y necesaria consecuencia. (Traductor.)

embargo, si á la sencillez vamos, más sencillo fuera no tener ni religión ni templo. Dormir, comer, beber, hacer negocio, vivir y morir sin cuidarse de nada, ¿no sería esta la perfección de la sencillez?

A pesar de todo, no hay que admirarse de esta desesperante y helada desnudez. Para los sectarios de la pretendida reforma los templos no son edificios sagrados sino lugares de reunión; y por eso algunas veces los *fieles* protestantes, suelen ir á reunirse, por mayor comodidad, en un casino de Ginebra, ó en un teatro de Nueva-York, resultando absolutamente la misma cosa. Si entrando á sus templos se quitan ellos el sombrero, es por costumbre; y de ninguna manera por respeto á las paredes y á los bancos.

Los ministros protestantes no usan vestidos sacerdotales. ¿Para qué? Ellos no son sacerdotes ni los distingue nada de sus correligionarios; de manera que la túnica que los domingos se echan encima del frac negro, me parece una contradicción con sus propios principios.

No se nos venga á decir á nosotros los católicos, que Dios no tiene necesidad de la pompa del culto y que nuestro corazón es quien la reclama. Ya lo sabíamos muy bien. Pero Dios tampoco tenía necesidad de las magnificencias del templo de Salomón, ni del oro, incienso y mirra que le ofrecieron los magos del Oriente en la gruta de Belem; y sin embargo, ¿quién se atrevería á decir que le desagradaron aquellas manifestaciones de respeto y de amor?

La majestad del culto, eleva nuestras almas á Dios por medio de las ceremonias sagradas, las cuales sirven también para fijar nuestra atención tan propensa á divagarse. Los hombres todos estamos compuestos de cuerpo y alma, y todo nuestro ser debe contribuir á dar gloria al Señor: nuestra alma con el respeto, la adoración y el amor; y nuestros sentidos por el uso religioso que de ellos hacemos en nuestras Iglesias, uso que los purifica y santifica.

El culto divino, es la expresión de la fe. Cuanto más viva es la fe, más espléndido es el culto; y al contrario, si la fe es pobre, el culto está desnudo. “Así es que, dice también el escritor protestante á quien acabo de citar, la

desnudez exterior de la Iglesia no católica está bastante en armonía con lo que pasa en el interior.”

“Yo no soy de aquellos, ha dicho el filósofo protestante Leibnitz, que olvidando la debilidad humana, rechazan del servicio divino todo lo que toca á los sentidos, bajo el pretexto de que la adoración debe ser en espíritu y en verdad.” (1)

Y otro protestante añadía: “En nuestros templos á fuerza de hablar de la adoración en espíritu y en verdad, la verdad y el espíritu han desaparecido.” (2)

XXII.

Demuéstrase que la propaganda protestante no es ni legítima ni lógica.

Cuando la Iglesia católica, por medio de sus Obispos y sacerdotes, califica á la propaganda protestante como una agresión injusta y odiosa, se vé á los diarios heréticos, á los cuales se asocian para esto los órganos del racionalismo y de la revolución, quejándose amargamente y acusando á la Iglesia de tener dos pesos y dos medidas, pues prohíbe á los otros lo que ella no ha cesado de hacer desde su origen. Estas recriminaciones merecen una respuesta. La tendrán aquí, pues es sencillo y fácil dársela.

Todas las sectas protestantes reconocen que los hombres pueden salvarse en la Iglesia católica. La Iglesia católica, al contrario, ha sostenido siempre que ella sola profesa la verdadera religión; y que fuera de esta religión, nadie puede ser verdadero hijo de Dios.

De consiguiente los protestantes están en contradicción con sus principios, cuando tratan de arrebatár almas á la Iglesia; y la Iglesia católica, incurrirá en contradicción con los suyos, si no hiciera cuanto está en su poder, si dejara de ejercer todo su celo, para atraer á la verdad, que es úni-

(1) Sistema teológico pag. 107.

(2) Putzcuchen-Glauzow.

ca como Dios, á los que por el error funesto de la herejía, están separados de ella. Cuando la Iglesia católica se afana por instruir á un protestante y atraerlo á su gremio, ella le deja todas las verdades que poseía aquel individuo, si poseía algunas; y le da el conocimiento de las que le faltaban, como hemos visto en otro lugar. De manera que el protestante es un hombre espiritualmente medio desnudo, á quien la Iglesia católica acaba de vestir. Añadiendo á lo poco que tuviera lo que ella le da, se forma un cristiano completo.

Lo contrario sucede, cuando la propaganda protestante trabaja por seducir á un católico. Ella no hace más que arrebatárle una parte de lo que aquel infeliz creía, sin darle nada en compensación; y le deja medio desnudo, como el ladrón deja al desgraciado pasajero á quien roba su túnica y su capa, bajo el pretexto de desembarazarle de cosas incómodas, sin arrojarle siquiera un harapo, para defenderse del frío.

Es punto confesado por los protestantes, que ellos no tienen en cuanto á verdades religiosas, nada que dar á los católicos, pues éstos las poseen ya todas; y aun va más allá la palinodia de los protestantes, pues reconocen que lo que ellos tienen de cristianismo, lo han recibido ó lo toman prestado de la Iglesia católica. Oigamos á Lutero, ese fogoso patriarca de la pretendida reforma, dar su opinión sobre este particular. En el coloquio de Marbourg, que fué una disputa célebre, tenida entre aquel heresiarca y el otro heresiarca Zwinglio, para tratar del dogma de la Eucaristía. Zwinglio le objetaba que la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo bajo las especies consagradas, era un dogma del *Papismo*. "Pues si es por eso, le respondía Lutero, rechazad también la Biblia *porque del Papa es de quien la hemos recibido*. Protestantes como somos estamos obligados á confesar que en el Papismo están las verdades de la salvación, sí, **TODAS LAS VERDADES** de la salvación, y que de él las tomamos nosotros; porque en el Papismo encontramos *la verdadera escritura santa, el verdadero bautismo, el verdadero Sacramento del altar, las verdaderas llaves que*

perdonan los pecados, la verdadera predicación, el verdadero catecismo y los verdaderos artículos de la fe. Mas digo, que en el Papismo se encuentra el VERDADERO CRISTIANISMO." [*]

De esta paladina confesión de Lutero, el cual terminantemente reconoce que la Iglesia católica posee el *verdadero cristianismo*, necesariamente se deduce la conclusión lógica que las sectas protestantes no son cristianas, pues la Iglesia afirma lo que las sectas niegan. Pero de esta misma palinodia del jefe del protestantismo se desprende otra consecuencia, á saber, que la propaganda es para la Iglesia católica un deber, mientras que la propaganda protestante es á la vez un contra sentido y una injusticia.

XXIII.

La religión cómoda.

Dícese que es más cómodo ser protestante que católico, lo cual es cierto; así como es más fácil ceder á las pasiones, que contenerlas. Pero cuando se trata de religión no está la cuestión en saber cuál es más cómoda, sino cuál es la verdadera y cuál es la que conduce al hombre á Dios.

Un pastor protestante había logrado atraer á su secta á una buena mujer, la cual se había dejado seducir por las afirmaciones de aquel pretendido ministro del Evangelio, Aquella mujer frecuentaba bastante el templo protestante,

(*) Me parece conveniente poner á la vista el texto original de esta notable confesión, tomándola de las obras de LUTERO edición PROTESTANTE de Jena, páginas 408 y 409: "HOC ENIM FACTO NEGARE OPORTERET TOTAM QUOQUE SCRIPTURAM SACRAM ET PREDICANDI OFFICIUM. HOC ENIM TOTUM A PAPA HABEMUS. NOS AUTEM FATEMUR SUB PAPATU FLORIMUM ESSE BONI CHRISTIANISMI, IMOOMNE CHRISTIANISMUM, atque etiam illinc ad nos devenisse.—Quippe fatemur, in Papatu veram esse Scripturam sacram, verum Baptisma, verum Sacramentum altaris, veras claves ad remissionem peccatorum, verum praedicandi officium, verum Catechismus ut sunt: Oratio dominica, articuli fidei, decem praecepta. DICO IN SUPER IN PAPATU VERUM CHRISTIANISMUM ESSE."

echaba sus sueños los domingos durante la prédica, cuidaba mucho la gruesa Biblia que le habían dado, procurando no abrirla, por no echarla á perder; y en una palabra, estaba hecha una protestante excelente. Su fervor llegaba hasta hacerse apuntar en el registro de la famosa sociedad del *ochavo protestante*, ítem más de dos ó tres sociedades bíblicas.

Algunos años pasó aquella mujer practicando esa piedad fácil, aplaudiéndose ella más cada día de vivir tan dulcemente, según lo que el ministro protestante llamaba el *puro Evangelio*, desembarazada de la obligación de ir á confesarse en las grandes fiestas, de comulgar por lo menos en la pascua, de comer de viernes algunos días y de obedecer al padre cura. En medio de estos goces *evangélicos*, que el pastor y una piadosa diaconisa protestante mantenían con celo, por medio de regalitos de opúsculos; aquella pobre criatura, vió un día entrar por sus puertas una visita, era la enfermedad. Inmediatamente deputan los protestantes un *lector* para repasarle los salmos y otros trozos de la Biblia, de los cuales la enferma no comprendía una palabra; bien que, justo es decirlo, al *lector* le sucedía otro tanto. El mal empeoró muy pronto, de modo que el médico dijo ciertas expresiones, de las cuales dedujo la enferma que no podía estar muy segura. En presencia de la muerte, pensando en el juicio de Dios, la pobre mujer se conmovió y entró en sí misma. Entonces alumbrada por aquella luz que no engaña, conoció que se había extraviado, abandonando la verdadera fe; y rogó á una de sus vecinas que al instante fuese á buscar al cura católico de la Parroquia, el cual era un digno eclesiástico á quien ella conocía y que se había afligido mucho al verla desertar de la comunión católica. Encontrándola el cura hecha un mar de lágrimas, la consoló como mejor pudo; y aunque tuvo que hacerla ver toda la enormidad de su falta, la recordó que la misericordia de Dios es infinita. Después de haber oído la confesión de sus pecados, la reconcilió con Nuestro Señor Jesucristo. La llevó el sagrado Viático, ese Santísimo y adorable misterio, en el que el mismo Jesucristo se escondía

de para bajar hasta nosotros y fortificarnos en el término de nuestra carrera mortal; y la administró también la Extrema-Unción, ese Sacramento consolador del cual la habían enseñado á burlarse los protestantes, pero cuya importancia y eficacia ella comprendía en aquel lance. Puesta en paz con Dios y consigo misma, la pobre mujer era feliz; y veía ya, sin alarma, acercarse el momento de su entrada en la eternidad.

En la tarde del mismo día se presentó en su casa el pastor protestante, pues acababa de saber la visita que le había hecho el cura católico y no podía creer aquello que él llamaba “una defección vergonzosa, un escándalo para el *puro Evangelio*; y una vuelta á las supersticiones de Babilonia.” En realidad, lo que más le mortificaba, era lo que se había de hablar en el vecindario y las consecuencias que sin duda se sacarían contra el *puro Evangelio*, y para el amor propio del Señor pastor. Apostrofó, pues, vivamente á la pobre enferma recordándola el valor con que algún tiempo antes había rechazado “todas aquellas creencias y errores, á los cuales jamás debía volver.” ¡Ah, Señor, respondió la buena mujer, todo eso era bueno para cuando yo estaba sana; *porque vuestra religión es muy cómoda para vivir, pero es el diablo para morir.*”

Esto lo dijo la buena mujer sin sospechar siquiera que con esta sencilla palabra, acababa de tocar con el dedo la falsedad del protestantismo.

Para que una religión sea la religión verdadera, la religión que conduce al cielo, no basta que sea cómoda y eche á un lado todo lo que mortifica en el servicio de Dios. El protestantismo es cómodo para vivir y justamente esta es una razón para que sea temible morir en él. El protestantismo es cómodo, luego es falso, luego no es la religión de aquel que dijo: “¡Cuán estrecha es la puerta y cuán penoso el camino que lleva á la vida eterna! Esforzaos por tomar este camino y entrar por aquella puerta!”

El protestantismo, este pretendido cristianismo, sin sujeción á la fe, sin obediencia á la autoridad de la Iglesia, sin confesión, sin Eucaristía, sin sacrificio, sin penitencia y

sin prácticas obligatorias, está condenado ciertamente por el Evangelio, cuyo nombre usurpa. El mismo Jesucristo le reprobó, cuando el Divino Maestro pronunciaba estas palabras: “¡Cuán ancho y cómodo es el camino que conduce á la perdición!”

XXIV.

La piedra de toque.

Hay un medio muy fácil de descubrir la verdadera Iglesia, entre todas las que pretenden este título.

Nuestro Señor Jesucristo declaró terminantemente, que sus discípulos serían aborrecidos por los malvados, como El mismo lo había sido antes que ellos. “No es superior el discípulo á su Maestro: si el mundo os aborrece, acordaos que primero me aborreció á mí.” Ahora bien, desde los tiempos apostólicos, como lo atestigua la historia, los esfuerzos y los ódios de los impíos, constantemente se han dirigido contra la Iglesia católica. Los judíos, los paganos, los turcos, los malos de todos los siglos y en nuestros días todos los revolucionarios, han escogido y todavía escogen por blanco de sus tiros, á la Iglesia católica y solo á la Iglesia católica. Los facinerosos de la revolución francesa se lanzaron contra ella encarcelando y matando á sus obispos y sacerdotes, mientras que dejaban muy tranquilos á los rabinos judíos y á los ministros protestantes. Leed los escritos incendiarios de nuestros revolucionarios modernos. La Iglesia católica es la ÚNICA que excita sus furiosos. Ellos no solamente no se levantan contra el protestantismo, sino que lo proclaman como favorable á sus miras anti-cristianas.

La unión de todos los impíos contra la Iglesia católica solamente bastaría para verificar la profecía de Nuestro Señor; pero las sectas heréticas y especialmente las protestantes, se han encargado de completar esta prueba. Separadas entre sí para todo lo demás, divididas en creencias é intereses, y anatematizándose las unas á las otras, ellas se

ponen en un maravilloso acuerdo, cuando se trata de injuriar y atacar á la antigua Iglesia de San Pedro. En presencia de esta enemiga, sus bocas prorrumpen en blasfemias unísonas, como si fuesen una sola boca.

Herodes y Pilatos eran enemigos mortales entre sí hasta que se unieron contra Nuestro Señor Jesucristo. La herejía y la impiedad, separadas por otros muchos títulos, se unen como Pilatos y Herodes para ultrajar, azotar y destruir á la Santa Iglesia católica. Pero esta Iglesia católica, apostólica y romana, si bien debe sufrir su pasión como la sufrió el Salvador, para completar la de su divina Cabeza, también tiene á su favor las promesas de vida eterna. Siempre odiada, blasfemada siempre, ella siempre vive y vivirá siempre, porque Jesús está con ella hasta el fin del mundo, siendo ella la única á quien se ha dicho: “las puertas del infierno no prevalecerán contra tí.”

SEGUNDA PARTE.

I.

En que sentido puede la Iglesia tener necesidad de reforma.

Por fuerte y vigorosa que sea tu constitución física ¡oh lector! puede sucederte con frecuencia que experimentes una alteración de salud; la cual, aunque en nada muda aquella constitución, exigen sin embargo que purifiques tu sangre, valiéndote para esto de los medicamentos. Pero para que éstos produzcan buen efecto, es indispensable que sean administrados con pericia y prudencia; dejando á los médicos, que son los establecidos para esto, que hagan lo que les parezca conveniente. Ponerte en manos de char-